

Jorge Enrique Robledo*

CONTINUIDAD Y RUPTURA EN LA ARQUITECTURA HISPANOAMERICANA (El caso de Manizales)

Es fácil, porque es correcto, estar de acuerdo con Germán Arciniegas. Sin importar la irrespetuosa imposición de quienes sustituyeron lo ganado con arduos estudios y profundas investigaciones por las intrigas propias de la compraventa de algunas baratijas, hay que estar de acuerdo con Germán Arciniegas cuando plantea que los 500 Años del Descubrimiento deben ser, principalmente, un balance de los aportes de América -de toda la América- a la evolución de la humanidad. Cómo no insistir en el papel que jugaron el oro americano y la creación de un mercado universal en el desarrollo del capitalismo europeo?

Qué decir de las observaciones de Darwin en las Islas Galápagos? Y de las de Morgan sobre la gens iroquesa? En qué queda el racismo ante la mezcla e interacción de las llamadas "razas humanas" en las tierras del Nuevo Mundo? A qué niveles hubiera llegado el hambre universal sin los frutos de América? No contribuyó con el derrumbe del despotismo un continente sin sangres azules? Puede alguien imaginarse a la humanidad sin la Constitución de Filadelfia?

Pero, bueno, no me toca hoy a mí referirme a asuntos de tanta trascendencia. E, inclusive, seguramente no es en arquitectura en donde los americanos -o por lo menos los del Centro y el Sur- tengamos demasiado qué decir a escala universal. No obstante, si a los fenómenos arquitecturales no los observamos desposeídos de sus variadas interrelaciones, es posible emplearlos, más que como asuntos aislados, como a una especie de lente que permite observar la base material y cultural que los sustenta y que sustenta a las sociedades que los producen.

En arquitectura, también, la llegada de los españoles a América significó un gran salto hacia adelante. Hasta

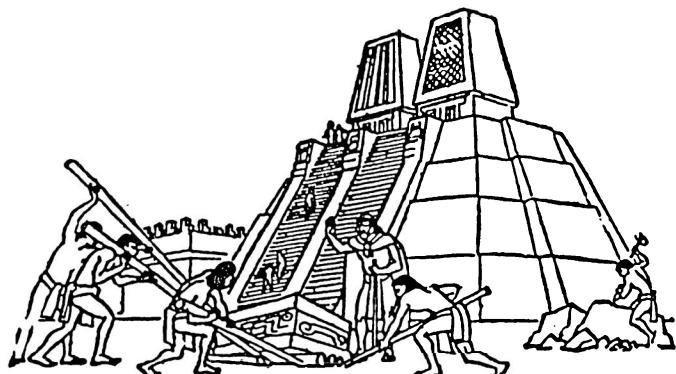


El tapial

*Arquitecto de la Universidad de los Andes. Profesor de la Universidad Nacional, director del Departamento de Arquitectura de la misma en la seccional Manizales. Obra: "El drama de la vivienda en Colombia" y de varios artículos en periódicos y revistas, investigador en temas urbanísticos y arquitectónicos del Viejo Caldas.

las más desarrolladas culturas del continente estaban a centurias de alcanzar los logros arquitectónicos de la Europa del Cuatrocientos y del Quinientos, para no hablar de comunidades como las muiscas y taironas -las más desarrolladas de la actual Colombia- las cuales se encontraban rezagadas frente a las vanguardias americanas.

Sin duda alguna, aztecas, incas y mayas edificaron en piedra enormes y hermosas construcciones ceremoniales. Ahí están las descripciones de los cronistas y ahí están también las ruinas que nos asombran. Sin embargo, si se compara esa edilicia con los edificios de la Grecia Clásica, con los de Roma, con



La construcción del templo-pirámide principal de los aztecas, el teocalli, en México-Tenochtitlán. Reconstruido de antiguas ilustraciones de informes españoles.

las refinadas catedrales góticas y con todo lo erigido en el Renacimiento, hay que reconocer que buena parte del encanto de las mejores construcciones americanas reside precisamente en una cierta rusticidad y se encuentra signado por unas formas poco gráciles, fruto de un manejo de la piedra lleno de limitaciones, como correspondía a unas sociedades que aún no superaban el empleo de las herramientas líticas y cuya técnica estructural apenas estaba al nivel propio de las estructuras de madera. Por lo demás, el grado de complejidad de su economía y su cultura, aún bajo el lastre de la ausencia definitiva de las clases sociales y del estado, y dentro de las religiones animistas, no necesitaba para sustentarse de las hipérboles ideológicas que le dieron forma, por ejemplo, a los arcos ojivales del medioevo. Las obvias emociones que nos generan las mejores construcciones, pinturas, esculturas y cerámicas precolombinas no deben permitirnos olvidar que en este momento las estamos comparando con las obras de Fidias y Miguel Ángel, de Palladio y Brunelleschi, entre otros.

Y a la hora de comparar la construcción de las habitaciones, las diferencias también saltan a la vista. Aquí, las cubiertas de paja y las limitadísimas intenciones formales; allá, las cúpulas y los arcos de piedra, las tejas de barro, los palacetes de mármol y las ya muy elaboradas especulaciones estéticas. Inclusive, la ciudad misma, con todas sus características y complejidades, difícilmente pueden reconocerse en la América de 1500, aunque sí existieron aglomeraciones de población que algunos asimilan a ciudades.

Si se mira lo que ocurría en lo que hoy es el territorio de Colombia, el atraso era mayor. Nada de edificios en piedra, ni con ladrillos cocidos, ni con cubiertas de teja. Y tampoco nada que pudiera asimilarse a una ciudad. En el mejor de los casos, las construcciones se limitaban a unas edificaciones, más o menos grandes, erigidas cuando mucho en bahareque y con cubiertas de paja, generalmente redondas y sin ventanas. Y entre las viviendas de planta circular y las de planta cuadrada median siglos de evolución, como los que median entre las construcciones en las que la puerta juega también el papel de la ventana y el momento en que estas dos funciones se diferencian y especializan.

Por otra parte, además del lenguaje escrito, la base insustituible de toda acumulación del conocimiento, de todo progreso, España le aportó a América el hierro, el bronce, el cobre y diversas herramientas metálicas, los vacunos y caballares, la rueda y las carretas, las matemáticas y la geometría, la pólvora y la imprenta, el dibujo técnico y la perspectiva, entre otras ventajas civilizatorias, que también hacen parte de la base en que se sustentan las arquitecturas.

La infinitud de crímenes, torturas, robos, engaños y demás truhanerías con las que se abrieron paso los españoles, no pueden ocultar que en ese entonces -en Europa, y en América- era inconcebible una relación entre pueblos diferentes en la que no se impusiera -a sangre y fuego- el fuerte sobre el débil. Habrían de pasar siglos -en Europa, en América, en Asia y en el África- antes de que a alguien se le ocurriera teorizar -y no como una utopía- sobre una confraternidad de los pueblos a escala planetaria.

La España que vino al Nuevo Mundo era el país con más posibilidades de la Europa de la época. Ya no se trataba de una montonera de barones disputándose siervos y parcelas; había logrado constituir un Estado nacional, luego de seis siglos de luchas contra los moros.

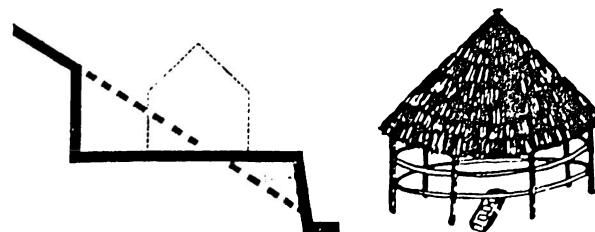
Pero, además, y en buena medida por la influencia árabe, los españoles estaban conectados con las formas culturales más avanzadas de esos días, caminaban hacia el desarrollo fabril y, mejor aún, hacían parte del más moderno circuito comercial del Mediterráneo. No fué para nada casual que a Cristóbal Colón, un genovés, se le ocurriera buscar en España respaldo para una empresa que ya poseía como fondo científico la certeza, por lo menos entre algunos, de la redondez de la tierra.

Sin embargo, y como lo prueba la excelente obra de Rodolfo Puiggrós (1), en España terminaron por sostenerse en la dirección del Estado las fuerzas más oscaristas de esa sociedad. Y el predominio de una nobleza de corte medieval, parapetada tras la Santa Inquisición, logró arrinconar, primero, y liquidar, después, cualquier vestigio de modernidad. Paradójicamente, el descubrimiento de América no le sirvió a la naciente burguesía española para fortalecerse y avanzar, sino que le sirvió a sus adversarios para consolidarse y liquidarla. El oro americano fortaleció a los burgueses y a la industria, pero en el Norte de Europa, pues al parasitismo de sangre azul de la Península Ibérica le pareció una gran genialidad limitarse a importar baratas las mercancías de origen manufacturero y fabril, aun cuando se arruinaran sus propios productores.

Y esta lógica retardataria, España la trasladó a sus colonias, a las que mantuvo en un atraso más pavoroso aun que en el que se mantuvo la Madre Patria. Toda la rapaz explotación de los indígenas se hizo mediante el criterio feudal de atar la mano de obra a la tierra y de establecer relaciones serviles, el comercio con Europa lo monopolizó la Corona y hasta se prohibió que se organizaran establecimientos productivos en el Nuevo Mundo. Además, se impuso la tesis de que el trabajo era una deshonra que sólo debían ejecutar los seres viles, al tiempo que se hizo de la ignorancia y de la ausencia de conocimientos técnicos y científicos una virtud, en medio de un racismo alienador y alienante. En estas condiciones, a la América Colonial se la condenó a una evolución económica y social lentísima, casi inmóvil; con unas economías agrícolas de estirpe natural, unas relaciones comerciales casi inexistentes, unos burgos que en casi todos los casos no superaron la condición de aldeas misérrimas y unas vías de comunicación de espanto, con todo esto inmerso en unas actividades culturales de suyo insulsas y bobaliconas.

Tan rezagada se mantuvo España, que ésta no aportó nada a la Revolución Industrial, y no solo impidió que estos avances llegaran a América sino que, inclusive, muchos de ellos tampoco se conocieron en la metrópoli. Tanto estancamiento le impuso a los pueblos americanos que, al finalizar la colonia, el perfil tecnológico de éstos apenas llegaba al que tenía Europa hacia el siglo XIII o XIV y aún empleaban preponderantemente no pocas tecnologías precolombinas. Y por supuesto, todo esto se reflejó en su arquitectura.

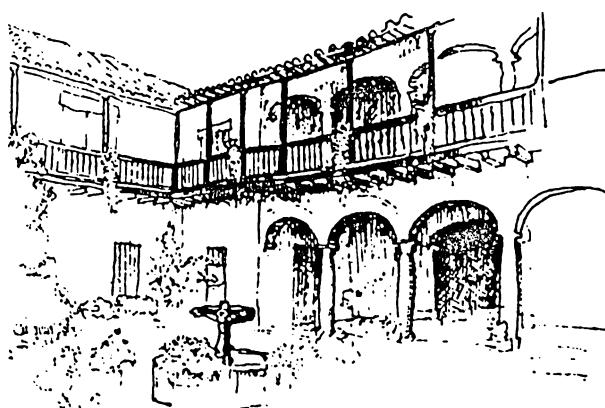
Al principio, los recién llegados españoles a lo que hoy es el territorio colombiano se refugiaron en unas habitaciones provisionales que, en buena medida, se construyeron con los materiales y las técnicas indígenas. Pero, poco a poco, le colocaron la impronta Ibérica a las edificaciones. Las plantas redondas las sustituyeron por las cuadradas, las cubiertas de paja por las de teja de barro y los muros de tierra y maderas rollizas por los de tapia pisada, ladrillo cocido y piedra, dependiendo de la capacidad económica de los propietarios y de las habilidades de los constructores, aunque los pobres, por hispanos que se sintieran, se mantuvieron en viviendas de bahareque y techos de paja.



Los poblados se desarrollaron de acuerdo al damero helénico y romano heredado por España, una retícula ortogonal conformada por vías y manzanas que variaron en sus medidas de unos casos a otros, pero que siempre mantuvieron un plaza definida por la iglesia, las construcciones institucionales y las casas de los más poderosos.

La planta de las viviendas obedeció al mismo esquema: un patio central rodeado de corredores y un tren de piezas, básicamente iguales entre sí. Las diferencias se

establecieron más en función de las cantidades que de las calidades. Dependiendo del tamaño del lote y del número de habitaciones, la casa parecía una "L", una "U" o, excepcionalmente, una "O". Y si la edificación era la de un rico, pues debía tener por lo menos dos pisos de altura, con el segundo calcando en lo que podía al primero. En las partes altas de las casas habitaban los "de arriba" y en las partes bajas los "de abajo", o se



dejaban para tiendas o como depósitos de herramientas y enseres.

El esquema de un patio rodeado por habitaciones es una forma de organización que remeda en el interior de las viviendas la naturaleza que circunda a las habitaciones rurales; es el esquema más elemental que pueda concebirse en una construcción rodeada por otras; pero es también, por definición, un acomodamiento espacial que ha abandonado la ruralidad y responde ya a necesidades de índole urbana. Y sus aciertos formales y funcionales no deben palidecer sus orígenes y limitaciones. Ese esquema se remonta a los orígenes de la civilización, en la Antigua Grecia o en el Medio Oriente, hasta el punto que algunos lo encuentran en Ur, seis mil años atrás. Y los españoles lo repitieron en América por todas partes. Con esa lógica se construyeron las casas a las orillas del Caribe y en las altas montañas, en las ardientes llanuras y en los gélidos páramos. En las zonas cálidas respondió con acierto a las necesidades del clima, pero en las frías, en donde es un absurdo que amenaza la propia salud de los moradores, su presencia no puede explicarse sino como el producto de una racionalidad que no responde a todas las variables y que, con ese mismo lastre, es capaz de repetir hasta el absurdo una determinada manera de hacer las cosas o una idea.

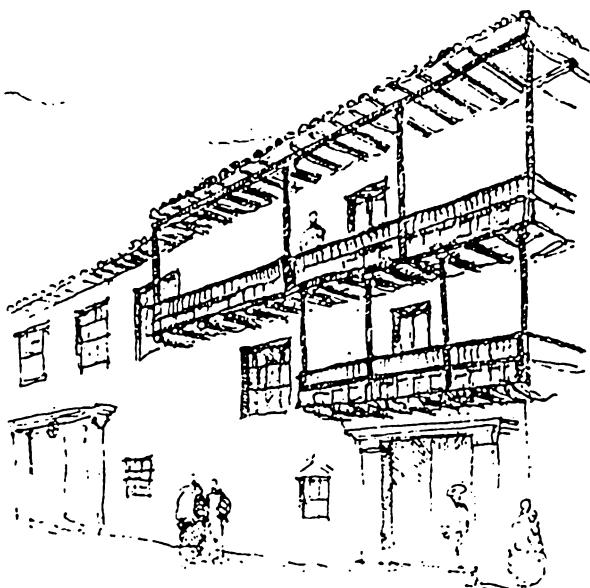
Por otra parte, en Cartagena, por ejemplo, los muros exteriores de las casas no se construyeron pensándolos desde afuera; la idea de fachada no existió allí. Esto fué el producto de unos vanos que se horadaban desde adentro y que respondían al problema elemental de iluminar y ventilar las habitaciones. Cuando mucho, se proponían de antemano las tallas de las maderas de las ventanas y balcones y los trabajos de cantería de las portadas que los tuvieron.

Esa encantadora armonía de las calles coloniales no obedeció a un propósito de sus constructores. Ella apareció como el fruto de la suma de unas edificaciones que se erigieron sin pensar en el conjunto, y buena parte de su acierto no constituye otra cosa que la inconsciente repetición del trabajo de unos pocos constructores y de un tipo tecnológico, los cuales produjeron, de manera automática, unas respuestas unificadas y coherentes.

En la Nueva Granada no ejercieron especialistas con formación académica que pudieran definirse como arquitectos, en el estricto sentido del término, salvo casos excepcionales, que no se aplicaron al diseño de viviendas. De acuerdo con Germán Téllez, uno de los más profundos analistas de la arquitectura colonial, "una casa cartagenera no se diseñaba o se proyectaba. Su traza, si es que tenía lugar, se realizaba más para elaborar con base en ella un indispensable presupuesto de costos y no para especular, arquitectónicamente, sobre las posibles bondades del esquema. El poblador hispánico de Cartagena sabía de antemano qué era una casa, qué debía tener ella, cómo lo debía tener y esperaba que el alarife llamado a construirla lo supiera también" (2). Y, según Silvia Arango, "lo cierto es que el levantamiento de estas trazas no era estrictamente arquitectura, sino ante todo un problema de construcción que un buen maestro artesano sabía ejecutar" (3).

Resumiendo, en la Nueva Granada poco o nada se sintieron las modificaciones arquitectónicas que se dieron en Europa, durante el lapso que duró la colonia. Y las arquitecturas de mejor calidad realizadas en las provincias más ricas, como en el Perú y México, no logran cambiar el hecho general de que si bien la presencia española significó un gran avance en la arquitectura en comparación con lo que hacían las culturas precolombinas, ese progreso rápidamente se quedó rezagado frente a los sucesos del Viejo Continente.

Con la revolución de independencia de España, la arquitectura neogranadina poco o nada cambió. La inmensa y progresista transformación política que significó pasar de la colonia a la república, no fué acompañada por transformaciones económicas y culturales de la misma magnitud. El modo de producción feudal se mantuvo incólume hasta las transformaciones económicas de la mitad del siglo XIX que alentaron el desarrollo capitalista de la nación. La verdad es que, y luego de un sinnúmero de forcejeos, pacíficos y violentos, Colombia culminó la centuria sin que las transformaciones democrático burguesas hubieran podido llevarse a cabo. La introducción de algún desarrollo capitalista corrió a cargo, de una parte, de la incipiente acción de los comerciantes y de las débiles exportaciones generadas por la



producción-especulación, en productos como el tabaco, el añil y la quina, y, de la otra, y principalmente, de la presencia de los negociantes extranjeros que se dieron a la tarea de morigerar siquiera en parte el atraso del país, con el obvio propósito de facilitar la acción de sus capitales. El auge exportador del café, a partir de 1880, facilitó el aumento de las importaciones e impulsó en algo la creación de un mercado interno capaz de sustentar una cierta evolución económica. Sin embargo, la característica principal de Colombia al llegar a 1900 radicó en la naturaleza feudal de su economía y de las relaciones entre sus productores. El gran avance económico desde la Independencia hasta esa fecha consistió en pasar de un feudalismo a secas, a un feudalismo teñido de relaciones mercantiles, sostenidas principalmente con otras naciones. Después, la

presencia del capital extranjero perdería su aspecto positivo como característica principal, hasta terminar por lastrar al conjunto del desarrollo económico nacional.

El nuevo impulso modernizador que recibió la revolución industrial en Europa y Estados Unidos durante el siglo XIX apenas si se sintió en Colombia. En tanto allá los nuevos inventos abarataron y facilitaron el uso del acero y de otros materiales de origen industrial, y se pasó al petróleo como principal fuente energética, aquí se siguió en buena medida atados a las materias primas y tecnologías preindustriales; mientras en el Viejo Mundo las escuelas de ingenieros empezaron a aparecer desde 1745, aquí sólo se intentó algo similar en 1847, y la primera facultad de arquitectura colombiana apenas se fundó en 1936; en tanto en el Antiguo Continente, desde los finales del siglo XVIII y los inicios del XIX, se inició el uso de las estructuras metálicas, el vidrio y el cemento para erigir altos edificios, aquí las maderas y las tierras siguieron siendo preponderantes en la construcción, y el primer edificio de concreto sólo se levantó, de manera experimental, en 1910; mientras las torres de acero de Chicago se acercaron el cielo desde 1884, aquí las casas difícilmente superaban los dos pisos; en tanto los europeos discutían sobre las bondades y limitaciones de la arquitectura orientada por los estilos históricos, aquí serían más comunes los patrones coloniales hasta por lo menos 1920; cuando en Colombia todavía se transitaba por las pavorosas trochas de la arriera, allá se hicieron obras como el puente de Brooklin, sobre el río Hudson, entre 1869 y 1883, y el túnel de San Gotardo, atravesando los Alpes, en 1882.

La construcción de unas poquísimas edificaciones de acuerdo con los patrones académicos que se alcanzaron a colar en la Nueva Granada, sobre todo al final de la colonia, no alcanzaron a producir una nueva tendencia arquitectónica y básicamente todo continuó haciéndose como en los siglos anteriores. El verdadero inicio del casi interminable fin de la arquitectura colonial en Colombia sólo empezó en 1846, cuando Mosquera trajo al arquitecto Tomás Reed para que diseñara y construyera el más grande edificio de esos días y el de mayores connotaciones ideológicas y culturales: el Capitolio Nacional.

Claro que una cosa era fijar el paradigma en una edificación que debió lucir bastante extraña por aquel

entonces y otra bien distinta hacer que ese paradigma lograra materializarse en el común de las edificaciones de un país sin ingenieros - ni pensar en arquitectos!- y en poder de unos materiales y unas tecnologías incapaces de sustentar esas formas, allí donde como cosa rara hubiera alguien capaz de pagar por una arquitectura que eliminara los aleros y decorara profusamente, con altos y bajos relieves, sus fachadas.

Y el desarrollo de esa contradicción entre lo que se deseaba y lo que se podía, entre el pasado y el presente, entre los patrones europeos y las realidades nacionales, es en cierta medida la historia de la evolución de la arquitectura manizaleña, entre 1872 y 1925, desde el momento en que Manizales estableció relaciones comerciales directas con el extranjero y hasta cuando se reconstruyó la ciudad, luego de los grandes incendios.

Los colonizadores antioqueños le aportaron a las tierras al Sur del Río Arma una arquitectura colonial estancada por siglos de aislamiento y empobrecida por los desórdenes internos que marcaron los primeros años de la república. Ni siquiera trajeron la tecnología de la piedra. Apenas introdujeron la teja de barro, la tapia pisada y, a veces, los ladrillos malamente cocidos y pegados con débiles argamasas. Sus patrones formales imitaban la estética colonial, pero sin ese refinamiento alcanzado, por ejemplo, en Mompox y Cartagena. Y, además, el sempiterno patio central como excluyente forma de organización funcional de las viviendas, a pesar de que generalmente sus fundaciones se hicieron sobre las frías laderas de la Cordillera Central.

Pero aquí, los movimientos del suelo le jugaron una mala pasada a las costumbres ancestrales. Luego de que una seguidilla de sismos medio desbaratara y amenazara la propia existencia de la naciente Manizales, en 1884 -el mismo año en que se erigiera el primer rascacielos norteamericano- los manizaleños debieron trasladar sus afectos de la tapia y los muros de mampostería al bahareque de maderas, tierra y cagajón. Ante la realidad del atraso industrial del país, el inmenso aislamiento regional y los magros ingresos de los pobladores, hasta los más adinerados manizaleños debieron regresar a una tecnología que se suponía superada en todas partes y con la cual sólo se levantaban en esas calendas las casas de los más pobres y las construcciones temporales o demasiado prosaicas. Y esto ocurría cuando las capas adineradas de la población ya habían hecho contacto con el mundo y

soñaban con edificar sus moradas a la manera del París decimonónico, en donde los metales, el vidrio, la piedra, el ladrillo, el yeso y el concreto habían popularizado -hasta donde ello era posible- el neoclásico, el neogótico y todas las escuelas que se organizaron en torno a las añoranzas románticas.

En la Manizales de esos días, pero sobre todo en la del auge cafetero de luego de 1900, ya emergía una dirigencia de estirpe burguesa que -a diferencia de Caro, quien se enorgulleciera de no haber salido nunca de la Sabana de Bogotá- se asomaba con deleite al mundo y no quería saber nada de los cánones coloniales, a los que -con no poca razón- veía como representantes de un pasado indeseable. La contradicción se ubicó en cómo hacer construcciones afrancesadas -simétricas, con áticos y sin aleros y con sus muros fuertemente decorados- sin poseer los materiales y la mano de obra necesaria. El empleo de la simetría en la organización de las fachadas se resolvió con relativa facilidad, pues ella dependía, en los elementales niveles perseguidos, de un poco de buena voluntad. El lío insoluble se presentó en la decoración de los muros y en la eliminación de los aleros, porque los revoques de cagajón no permiten elaborar flores y rocetones y los muros de bahareque se destruyen con rapidez si la lluvia los humedece.

Así las cosas, la estética del eclecticismo europeo sólo pudo alcanzarse apelando a nuevos materiales



importados. La iglesia principal de la población se levantó, entre 1886 y 1893, usando una estructura de madera -como las de bahareque- pero forrada en láminas de hierro galvanizado. Y así se construyeron la gobernación del departamento, en 1910, el Instituto

Universitario, en 1914, el palacio arzobispal, en 1915, y casi todas las iglesias de la ciudad y la región, en las que, también desde la colonia, se habían fijado los paradigmas formales y tecnológicos. En estas obras, la recién nacida burguesía Caldense logró ocultar, por lo menos en parte, la guadua y el bahareque, un material y una tecnología que avergonzaban a una élite que se consideraba "moderna" y que debió sufrir lo indecible con los gracejos de los europeos que consideraban a Manizales como "un guadual urbanizado". El problema se hizo casi insoluble cuando las nuevas formas tocaron con las viviendas, unas edificaciones que difícilmente podían justificar los elevadísimos costos que alcanzaban unos metales que había que traer desde el fin del mundo hasta la Isla de Robinson, como llamó gráficamente un editorial del periódico La Patria a la ciudad.

Y, entonces, el ingenio nativo jugó sus mejores y más pintorescas cartas. Dejó los aleros y los muros quietos -qué se iba a hacer!- y se dió a la tarea de elaborar con tablas, vigas y cuartones, lo que en otras latitudes se hacía en piedra, hierro y cemento, circunscribiendo, obviamente, sus alardes estilísticos a lo que permitían portones, cancelas y ventanas, a los cuales llenó a mano de floridas decoraciones, empleando para ello las más sencillas herramientas.

Por otra parte, claro que al "Estilo Republicano", nombre que se le dió en Colombia a las imitaciones del eclecticismo europeo, no lo acompañaron las complejas



discusiones que rodearon a la arquitectura europea de ese entonces. Ni en Colombia ni en Manizales se dijo ni pío sobre si al neogótico lo sustentaba la lógica de la pasión, mientras que al neoclásico lo respaldaba la de

la razón; aquí, simplemente, se tomaron esos estilos como un nuevo vestido que cubriera a los esquemas coloniales, mezclándolos entre sí al vaivén de los elementales gustos de unos constructores y unos propietarios que poco entendían de las tradiciones culturales europeas. Todo se limitó a introducir las simetrías, los áticos y las decoraciones, en donde ello fué posible, pues donde no, como en el Viejo Caldas, sólo se tomaron aquellas características materializables. Si, como dijera Germán Tellez, en Colombia la "Arquitectura Republicana" de origen académico "hizo un eclecticismo de otro eclecticismo", los manizaleños hicieron un eclecticismo de otro eclecticismo de otro eclecticismo.

Con respecto a los esquemas funcionales de las viviendas, los cambios tampoco fueron dramáticos. Simplemente se mantuvieron los patios centrales, sólo que al final del período, y algunas veces, los cubrieron con marquesinas de vidrio o con cubiertas de tejas de barro provistas de iluminaciones laterales. A pesar de lo elemental de la adición, hay que decir que se produjeron efectos notables. Esos "vestibulos", como llamaron a esos patios en donde no entraba la lluvia ni el frío y que elevaban la temperatura de las viviendas, modificaron, por razones obvias, el uso de los espacios y las relaciones internas de las edificaciones, preparando a la sociedad para los tipos que vendrían luego y que por norma eliminarían los patios coloniales y todas sus variantes.

La retícula ortogonal utilizada en la colonia también se mantuvo intacta, a pesar de los descomunales movimientos de tierra que hubo que hacer para imponerle ese rigurosísimo orden a una topografía desordenada en extremo.

Como en los tiempos de la colonia, estas construcciones no fueron el fruto de la acción de los arquitectos y tampoco fueron, por tanto, arquitectura, en el sentido estricto de estos términos. Deben catalogarse como "arquitectura sin arquitectos" o "arquitectura popular", porque ellas aparecieron como el producto del trabajo de unos maestros-carpinteros que repitieron de memoria unas maneras de construir que venían de tiempos inmemoriales, a las cuales les introdujeron algunas modificaciones, más adjetivas que sustantivas. Como en la Colonia, la parte creadora del asunto a duras penas se plasmó en los detalles.

Con las mejoras introducidas en las vías de comunicación, tales como el Canal de Panamá, los ferrocarriles y el cable aéreo, se pudieron sustituir las latas por lo que llamaron "fachadas encementadas", las cuales no fueron otra cosa que revocar los muros de bahareque de siempre con morteros de arena y de cemento, para poder decorarlos con altos y bajos relieves. Ya en este momento, poco antes del incendio de 1925, la presencia del cemento a precios más razonables había aumentado las posibilidades de eliminar los aleros. Y con la conflagración esta tendencia se acentuó porque, además, la presión cultural contra los indeseados aleros, el vilipendiado bahareque y la despreciada guadua -los evidentes signos del pasado- se hizo inexorable, en tanto apareció en la ciudad un grupo de arquitectos -nacionales y foráneos- académicamente formados y capaz de funcionar dentro de los cánones "republicanos".

Así, en las 32 manzanas incendiadas no se reconstruyó una sola edificación con alero, ni se dejaron a la vista revoques de tierra y cagajón. Manizales resurgió de entre las cenizas como la ciudad "más moderna" de esos días en Colombia, según afirman los observadores. No obstante, y por causa de la omnipresente herencia feudal en mil y un aspectos de la vida colombiana, la nueva Manizales no pudo escapar de tremendas paradojas. Por fuera del área incendiada, casi todo se siguió haciendo en el tradicional bahareque, con sus grandes aleros, y dentro de la zona reconstruida, probablemente se levantaron más muros de maderas y tierra que de mampostería, aun cuando se esforzaron porque ese hecho pasara desapercibido. Además, en el momento en que la clase dirigente manizaleña por fin logró llenar a su ciudad de palacetes "republicanos", ya Europa y Estados Unidos habían empezado a introducirse en lo que se llamaría "Arquitectura Moderna", para la cual el eclecticismo nunca había pasado de ser una manida y vacua arquitectura decadente.

En resumen, en Colombia a la arquitectura hispanoamericana, como a toda su sociedad, la marcó más la continuidad que el cambio, de acuerdo con la naturaleza de sus relaciones sociales de producción. Y esa continuidad permaneció hasta bien entrada la república, tanto que fue casi excluyente hasta 1910, fecha desde la cual empezó a languidecer, aunque en sitios como Caldas todavía dejaría sentir su gran influencia hasta la mitad del siglo XX, cuando -por fin- a los patios centrales, a los aleros y a las construcciones

de maderas, tierras y cagajón las sustituyeron otras estéticas, otros esquemas funcionales, otros materiales y otras tecnologías.

De lo dicho hasta aquí puede inferirse que el autor de estas líneas le tiene algo de ojeriza a la arquitectura colonial y a la mal llamada "de la colonización antioqueña" No. Por supuesto que no; simplemente he reseñado los hechos que las produjeron, resaltando a estos productos americanos, y principalmente al segundo, como una mixtura que tiene de aquí y de allá, de lo viejo y de lo nuevo, de lo académico y lo empírico y de lo caduco y lo vigente. Pero todavía más, las calidades de Cartagena y de otras poblaciones como ella ya han obtenido hasta el merecido respeto universal. Ahora nos corresponde lograr que a la arquitectura tradicional del Antiguo Caldas se le haga un reconocimiento acorde con sus también excelentes aportes a la "arquitectura popular", como a la de Mikonos y a la del Norte de África. Además de su especial coherencia constructiva y formal y del espacio



público que ha generado, tal vez sus más notorias cualidades, posee como gran valor una particularidad incomparable, tanto, que espero no pasar por exagerado si afirmo que podría universalizarse, en la medida que fuéramos capaces de preservarla y mostrársela al mundo, antes de que la liquiden la indiferencia, la humedad y los insectos. Sólo resta esperar que cuando algunos se reunan a conmemorar el Primer Milenio del Nuevo Mundo, estas construcciones de bahareque puedan sumarse y no sólo en fotografías, a los otros aportes de América a la historia de la humanidad, dentro del conjunto de

valores que empezaremos a sistematizar en este Quinto Centenario.

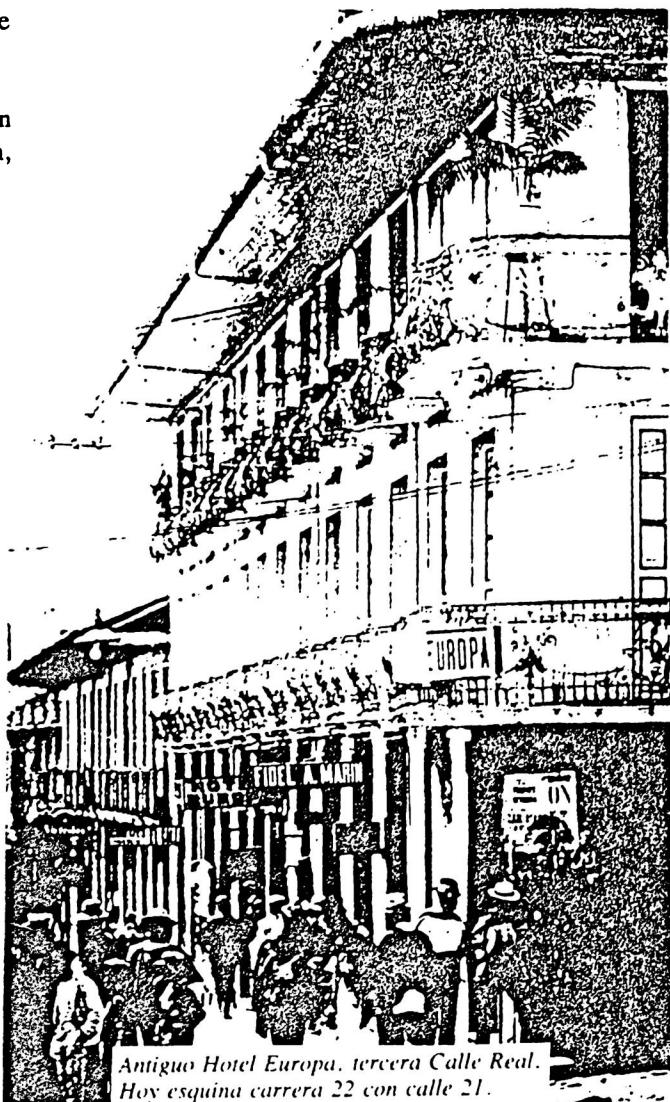
Manizales, mayo 19 de 1.991

NOTAS:

(1). PUIGGRÓS, Rodolfo. "La España que conquistó al Nuevo Mundo." Ediciones Corregidor, Buenos Aires. 1974.

(2). TÉLLEZ, Germán y Ernesto MOURÉ. "Arquitectura doméstica. Cartagena de Indias. Universidad de los Andes Bogotá, Escala, 1982.

(3). ARANGO, Silvia. "Historia de la arquitectura en Colombia". Universidad Nacional de Colombia, Bogotá. 1989.



Antiguo Hotel Europa, tercera Calle Real.
Hoy esquina carrera 22 con calle 21.

